

perial se desesperaba de no poder domeñar á su temible adversario. Ora fingía desdén, ora lanzaba interrupciones; pero sus palabras se perdían en el trueno de la potente voz de Gambetta. Este continuaba cada vez con más vehemencia. Su acento meridional escandía vigorosamente cada frase. Se escapaba de su sitio y daba puñetazos en la barra, en una actitud que ya no era la actitud de la defensa, sino la de la rebelión. Sus cabellos en desorden, su toga entreabierta, su golilla vuelta, su birrete abollado que se quitaba ó se ponía, todo anunciaba la intensidad de una cólera vengadora, indiferente á todo lo ajeno. No parecía sino que todas las víctimas del imperio querían borrar en una hora todo un pasado de cohibición y silencio: «El 2 de diciembre, continuó diciendo Gambetta, se engañó á París con las provincias, y á las provincias con París. El vapor y el telégrafo se convirtieron en instrumentos de reinado. Se anunció á todos los departamentos que París se hallaba sumiso. ¡Sumiso, cuando era asesinado, fusilado, ametrallado!» El final del discurso resonó con la fuerza de un reto: «Escuchad, hace diez y siete años que sois los amos absolutos, discrecionales de Francia; lo que mejor os juzga, porque es la prueba de vuestros propios remordimientos, es que nunca habéis osado decir: «Celebraremos, pondremos en el rango de las solemnidades de Francia el 2 de diciembre como un aniversario nacional...» ¡Pues bien!, ese aniversario del 2 de diciembre lo reivindicamos para nosotros; y lo celebraremos siempre, sin cesar; cada año será el aniversario de nuestros muertos hasta el día en que el país, amo otra vez, os impondrá la grande expiación nacional en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad (1).»

Por la noche, después de una larga deliberación, el tribunal pronunció su sentencia condenando á todos los acusados. Pero ¿quién se acordaba de Delescluze y sus compañeros? Al terminar la audiencia, Gambetta fué rodeado, felicitado y aclamado por sus colegas. A la salida sus amigos políticos lo acompañaron á la cervicería Dreher y luego al restaurant Magny, donde se repitieron las felicitaciones y los apretones de manos. Al que acababa de conquistar la fama le pronosticaron toda clase de éxitos, á excepción del que le esperaba. Gambetta recibió aquellas demostraciones con una efusión expansiva que quizá valía más que la falsa modestia. «He sumergido á Aulois,» repetía; y repasando los incidentes de la jornada, añadía familiarmente felicitándose á sí mismo: «¡Cómo les he dicho mis cuatro verdades!» Y, con hábil generosidad, colmaba de elogios la defensa de Laurier, que había hablado después de él. Efectivamente, Laurier, encargado de defender á Challemeil-Lacour, había superado á Gambetta en flexibilidad y, en ciertos momentos, casi le había igualado en vigor. Pero el auditorio se hallaba aún bajo la impresión del discurso vengador, y el espíritu se negaba á recoger otra cosa. Las defensas han de llegar á su hora y tienen, como los libros, su destino señalado.

Así terminó el famoso proceso, que tuvo dos consecuencias. La primera consistió en demostrar que en el imperio declinante no quedaba ya nada intangible, ni

(1) He seguido, para esta defensa, el texto publicado por M. Joseph Reinach, en su edición de los discursos de Gambetta, tomo I, págs. 5-17; texto que difiere poco del extracto del periódico *Le Droit*, 15 de noviembre de 1868.

siquiera los títulos fundamentales de la dinastía. La segunda consistió en añadir á la lista de los enemigos del imperio un nombre famoso en lo sucesivo. Baudin, que en vida había sido impotente y obscuro, acababa de engendrar en muerte á Gambetta.

V

A medida que declinaba el prestigio del poder, la oposición desarrollaba sus recursos. En aquella época tuvo á su servicio una sociedad poderosa, la *Asociación internacional de trabajadores*, y un instrumento permanente de agitación, las *reuniones públicas*. Llegó el momento de historiar aquella y describir á éstas.

En 1862, varios periódicos, como el *Temps*, *La Opinión Nacional* y *El Progreso de Lyon*, habían emitido la opinión de que cierto número de obreros, elegidos entre sus camaradas, pudiesen visitar la Exposición de Londres. El proyecto fué patrocinado por el príncipe Napoleón y adoptado por el emperador. El gobierno y el municipio de París contribuyeron con 20.000 francos cada uno á los gastos del viaje. A esta suma se añadieron 13.000 francos recogidos por suscripción. Las elecciones en los talleres no estaban autorizadas por las leyes. Pero la misma benevolencia que había facilitado el viaje toleró el escrutinio. En el mes de julio, un importante grupo de parisienses y lyoneses, delegados por sus compañeros, desembarcaron en Dover (2).

El fin era la Exposición. La visitaron sin duda, pero con el pensamiento puesto en otra parte. Menos que como excursionistas ávidos de espectáculos, los comisionados obreros se portaron como observadores, deseosos de mejorar su suerte. De los ejemplos que Londres les ofrecía, ninguno llamó tanto su atención como la perseverante energía de los obreros británicos para suplir su propia debilidad por medio de la asociación. Cuando un francés adopta una idea inglesa, no se la asimila sin generalizarla; es su manera de apropiársela y de ponerle la estampilla de nuestro genio nacional. Así procedieron los delegados parisienses. Al unirse, los trabajadores ingleses se proponían sobre todo asegurarse contra toda disminución de sus salarios y elevarlos periódicamente por medio de huelgas fomentadas con oportunidad. Instintivamente, nuestros compatriotas ampliaron este programa, y apasionándose por la asociación, no se apasionaron á medias. Gracias á ella, no sólo aumentarían sus salarios, sino que transformarían toda la antigua organización del trabajo. Además, no reconocerían nacionalidad, ni diversidad de lenguas, ni fronteras, de modo que los obreros de todos países se hallasen mutuamente unidos por un mismo lazo. En un gran mitin que tuvo efecto el 5 de agosto, franceses é ingleses celebraron esta fraternal alianza, prometiéndose precisar más tarde las miras generales que se limitaban á proclamar. Tal fué en su origen la *Sociedad internacional de trabajadores*.

A fuerza de ser extensa, la concepción era singularmente vaga, tan vaga que peligraba evaporarse del to-

(2) Véase *Enquête sur les causes de l'insurrection du 18 mars, déposition Tolain*, págs. 553 y 554.—Será también de gran provecho el consultar sobre la creación y funcionamiento de la Internacional los tres notables estudios de Etienne Lamy sobre *Le Second Empire et les ouvriers*.

do. Como el tiempo y la distancia borran las impresiones, quizá iba á resultar con tan buenos propósitos lo que con las promesas de escribirse entre amigos que se separan. Estaban olvidándose unos de otros, cuando sobrevino en 1863 la insurrección de Polonia. Constituyéronse comités en los talleres parisienses para recoger donativos en favor de los insurrectos. Como igual esfuerzo se intentase en Inglaterra, seis delegados franceses fueron enviados á Londres para combinar entre los demócratas de ambos países una acción común. Ingleses y franceses se reconocieron: eran los mismos hombres que el año anterior habían conferenciado juntos sobre sus intereses económicos. Estrecharon nuevamente sus lazos y, sin precisar nada todavía, confirmaron el pacto de unión (1). Un año después, el pequeño grupo trató de afirmarse con una iniciativa atrevida. Uno de los franceses principales era un obrero tallista llamado Tolain, hombre laborioso, inteligente é investigador. En las elecciones complementarias de París, Tolain fué votado por algunos de sus camaradas en la quinta circunscripción. Esta candidatura debió toda su importancia á las declaraciones que la acompañaron. Los que la presentaron se negaban á someterse á ningún partido, juzgaban que la política era obra de burgueses y trataban de establecer un programa de reivindicaciones comunes que fuese el de todos los obreros. Lo que hoy parece memorable pasó casi inadvertido para los contemporáneos. Entre los amigos y los adversarios del poder, Tolain fué derrotado, pues no obtuvo más que unos cuatrocientos votos.

Por grandes que fuesen las decepciones del principio, la idea marchaba poco á poco. Durante el otoño de 1864 celebróse en Londres una nueva asamblea, á la cual habían sido enviados obreros de todos países. Con tal motivo fueron á Inglaterra tres franceses, el tallista Tolain, un pasamanero llamado Limousin y un ajustador en bronce llamado Perrachón. En '28 de septiembre de 1864, en un mitin celebrado en Saint-Martin's Hall, la *Sociedad internacional de trabajadores* fué definitivamente decretada, y nombróse una comisión encargada de redactar el reglamento.

Precedió á los estatutos una declaración de principios. El primer cuidado consistía en poner de relieve el objeto de la asociación, á saber, «la emancipación de los trabajadores realizada por los trabajadores mismos.» El fracaso de todos los esfuerzos anteriores había de atribuirse á la falta de solidaridad. El resultado sería muy diferente, si los obreros de las diversas profesiones y de las diversas comarcas se unían fraternalmente. Al lado de algunas fórmulas imprudentes ó declamatorias, no faltaban prudentes exhortaciones. Se proclamaba que «si no había deberes sin derechos, no había derechos sin deberes.» Añadíase que los afiliados se comprometían á reconocer «como base de su conducta la verdad, la justicia y la moral.»

Seguían á este prefacio las estipulaciones positivas. La gran dificultad consistiría en conciliar la autonomía de cada grupo nacional con las obligaciones comunes de la asociación universal. Los estatutos dejaban á cada pueblo el cuidado de organizarse según su temperamen-

(1) Véase la declaración de Tolain, *Enquête sur le 18 mars*, página 553.

to y sus leyes. Las sociedades locales procederían libremente á su funcionamiento, se fusionarían entre sí y se confederarían. En cuanto al gobierno internacional, era constituido como los Estados modernos y, como ellos, comprendía un poder ejecutivo y un poder legislativo. El poder ejecutivo sería ejercido por un consejo general cuya residencia no se fijaba, pero que, de hecho, funcionaba siempre en Londres. El consejo general tenía la obligación de mantener constantes relaciones con las sociedades locales, resolver las cuestiones propuestas, dirigir las informaciones y estimular la propaganda. A fin de asegurar la regularidad de las correspondencias, habría en la residencia central un secretario particular para cada nación afiliada. La publicación de un boletín periódico serviría para estrechar la alianza entre los diversos grupos y mantener entre ellos la unidad de espíritu. El consejo general no sería más que la emanación del poder legislativo. Cada año, las sociedades particulares elegirían cada una un delegado, y los delegados formarían el congreso. Incumbiría al congreso nombrar, repartiéndolos entre las diversas naciones, los miembros del consejo general, oír los informes ó memorias sobre los trabajos del año, formular todos los votos y tomar todas las resoluciones necesarias para el bien de la sociedad. Al separarse la asamblea designaría el punto de la reunión siguiente. Tales eran los estatutos, que sólo fueron adoptados con carácter provisional, entendiéndose que la sanción del próximo congreso los haría definitivos.

La *Internacional* estaba fundada. Verdaderos inspiradores de la obra, los delegados franceses no perdieron un solo día para aclimatarla en su país. En la mediocridad de su condición, en la penuria de sus recursos, iban á ser sostenidos por el ardor de su fe. Los primeros propagandistas de la empresa fueron todos obreros: se llamaban Tolain, Limousin, Fribourg, Murat, Heligón, Camelinat. Bajo su iniciativa se creó una sección parisiense. Fueron de taller en taller para reclutar socios. Alquilaron en el núm. 44 de la calle de Gravipliers un modesto cuarto para deliberar (2). Lo más urgente era reunir algunos fondos. Impúsose á cada afiliado una cuota semanal de diez céntimos. Fué el primer presupuesto de ingresos de la asociación, su primer tesoro de guerra (3). Pero ¿era verdaderamente cuestión de guerra en aquel momento? La *Internacional*, en su origen, ¿pretendía destruir la sociedad? ¿No se proponía transformarla pacíficamente? Cuando se quiere averiguar el propósito primitivo de Tolain y de sus amigos, se ve desprenderse de su programa dos ideas dominantes en que se revelaban espíritus indagadores, y no espíritus facciosos.

La primera idea era una confianza ilimitada en el principio de asociación. Encorvados desde la adolescencia bajo el trabajo manual, los fundadores franceses de la *Internacional* habían llevado una existencia penosa y soportaban con impaciencia lo que llamaban la opresión del capital. De prolongar su aislamiento, prolongarían su impotencia, y los patronos, dueños absolutos de los instrumentos del trabajo, seguirían siendo

(2) Véase Fribourg, *L'Association internationale des travailleurs*, pág. 23.

(3) Véase la declaración de Tolain en el primer proceso de la Internacional (*Gazette des Tribunaux*, 21 de marzo de 1868).

árbitros de su destino. Si se unían, romperían el yugo con la fuerza del número; sin embargo, la emancipación sería precaria, si no llegaban á producir por sí mismos; porque entonces, después de algunas ventajosas pasajeras, la miseria volvería á conducirlos bajo aquella misma servidumbre que por un momento habrían repudiado. De aquí el designio de asociaciones concebidas, no tanto para ejercer presión sobre los antiguos detentores del capital y obtener un alivio transitorio, como para crear, con los obreros y por los obreros, nuevos centros de producción y asegurar así la emancipación duradera. Para obtener anticipos, los trabajadores asociados ofrecerían como garantía su buena conducta, el vigor de sus brazos y sus aptitudes profesionales; y esa garantía, frágil, casi ilusoria, de parte de un hombre aislado, inspiraría confianza (así lo pensaban al menos) si era ofrecida por una colectividad de individuos laboriosos, robustos y hábiles y solidarios además. Así aparecía la verdadera emancipación, la que resultaría no de una rebelión ciega, no de un golpe de fuerza imprevisor, ni siquiera de una huelga concertada, sino del progreso de las luces y de la razón. Las sociedades obreras verían facilitado su desenvolvimiento por su propia multiplicidad, pues podrían ayudarse unas á otras, ya abriéndose crédito, ya cambiando libremente sus productos. Los primeros ensayos serían los únicos difíciles; y se creía que si estos daban resultado, todo lo demás marcharía por sí solo.

Poco acostumbrados al estudio, los teóricos de la Internacional llegaron lenta y penosamente á esa clara percepción de su condición futura. A decir verdad, sus combinaciones no eran del todo nuevas; pero los que han leído poco se figuran fácilmente que inventan. Una vez dueños de sus ideas, se apegaban á ellas con tanta más fe cuanto que su inexperiencia les velaba las objeciones. Querían que su sistema no tuviese ningún punto de semejanza con el comunismo que reprobaban, ni con el socialismo de Estado que les repugnaba lo mismo. Sin duda el éxito de sus proyectos tendría por consecuencia la extinción del antiguo patronato. Pero éste desaparecería poco á poco, sin sacudidas ni violencias, como esas ruinas que bajo la acción del tiempo se agrietan y se desmoronan, y cuyas piedras disgregadas sirven para reconstruir los edificios nuevos. En su cuarto de la calle de Gravilliers, Tolain y sus amigos trataban así de revolucionar el mundo, sin que nadie adivinase entonces su trabajo ni averiguase sus nombres. En cuanto á ellos, queriendo designar su doctrina y designarse á sí mismos, se llamaron *mutualistas*, palabra significativa en que se pintaban sus aspiraciones á unir con un lazo de solidaridad y recíprocos servicios á los obreros de su país desde luego y á los del mundo entero después.

En los conciliábulos de la calle de Gravilliers prevalecía otra idea, idea que se resumía en un propósito firmísimo de huir de todo compromiso político. Hasta entonces, en los días de revolución, los trabajadores de las fábricas y de los talleres habían subido valerosamente á las barricadas, para el triunfo de la burguesía liberal y republicana. Según los primeros apóstoles de la *Internacional*, eso atestiguaba menos heroísmo que candidez. Para el partido obrero había llegado la hora de pensar en sí mismo, de no perseguir reivindicacio-

nes sino en provecho suyo exclusivo y dejar á las clases ricas ó acomodadas que solventasen sus cuestiones. Todos los actos que siguieron se inspiraron en este programa. Acordóse no admitir en la sociedad sino á los verdaderos trabajadores y excluir á los que, en el lenguaje revolucionario, eran llamados *obreros del pensamiento*. Respecto al gobierno, la sección parisiense se guardó de toda hostilidad; hasta observó en su conducta una deferencia que sorprendió. Redactados los estatutos de la sociedad, envióse una copia al ministro del Interior y otra al prefecto de policía, como queriendo así repudiar de antemano todo manejo clandestino ó faccioso. Con los radicales que empezaban á manifestarse y con los republicanos ó demócratas de toda opinión, observóse la misma reserva. En esto sobrevino un incidente que proporcionó una prueba manifiesta de esa neutralidad. El consejo general de Londres, ya enredado por los refugiados establecidos en Inglaterra, había designado como agente en París, para el servicio de la prensa, á un antiguo condenado político llamado Lefort, que nunca había sido obrero. Tolain protestó inmediatamente; fué á encontrar al nuevo delegado y le dijo: «Sois republicano; nosotros lo somos también; pero al mismo tiempo somos obreros y queremos estudiar las cuestiones obreras. Si tenemos por representante á un hombre condenado por asociación secreta, el gobierno nos vigilará y nuestra existencia no será posible. Por tanto os pedimos vuestra dimisión.» Lefort resistió. «Si hubiésemos querido hacer una manifestación republicana, añadió entonces Tolain con altivez, podéis creer que hubiéramos elegido un nombre más considerable que el vuestro.» La discordia se encontró; el consejo general tuvo que intervenir; resolvióse abrir una información y reinó momentáneamente una agitación extrema en la nueva sociedad. Antes que ceder, Tolain fué á Londres acompañado de Fribourg; después de largos debates ganó la pretensión, y el nombramiento fué revocado (1).

Esta moderación en las doctrinas sociales, esta reserva en las cuestiones políticas atestiguan la sensatez de la sección parisiense. Mostrándose tan sensatos, los *mutualistas* corrían el peligro de pasar inadvertidos y de no atraer á nadie. Los jacobinos, los hebertistas repudiaron á los que no hablaban de tomar ni de destruir. «El cooperativo es una engañifa,» decía poco tiempo después Tridón en los debates del *proceso de la Renaissance*. Los comunistas trataron como adversarios á los que no abolían la propiedad individual, ni la herencia, ni la familia. Los republicanos se asombraron de que los mutualistas no quisiesen honrarse con su concurso; vieron ó fingieron ver en los primeros propagandistas de la *Internacional* agentes secretos del imperio y, sin profundizar sus doctrinas, denunciaron con el nombre de *socialismo imperialista* lo que no querían ni tenían tiempo de estudiar á fondo. La actitud del gobierno fué llena de circunspección. Después de haber recibido copia de los estatutos, se abstuvo de todo estímulo y de toda prohibición. Más tarde, habiendo la sección parisiense hecho imprimir un manifiesto en Bruselas, prohibió la entrada del documento en Fran-

(1) Declaración de Tolain, pág. 555 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).—Véase también Fribourg, *L'Association internationale des travailleurs*, págs. 27-28.

cia, pero dió á entender que la respuesta hubiera sido muy distinta si los autores del folleto hubiesen sabido encontrar una palabra, una palabra solamente para elogiar el celo filantrópico de Napoleón y la ley de las coaliciones (1). Más perspicaz que los republicanos, el imperio se guardaba bien de desdeñar á la nueva asociación, sino que la vigilaba, dispuesto á seguir tratándola con tolerancia si ella continuaba siendo inofensiva, á absorberla si acudía á él y á combatirla si se inclinaba hacia los enemigos de la dinastía.

Los dos primeros años se resintieron de aquel aislamiento. En 1865 no hubo congreso por temor de descubrir la falta de resultados. No hubo más reunión que un conciliábulo íntimo en Londres. En 1866 la sección parisiense apenas contaba quinientas adhesiones. Fuera de París se habían hecho algunos esfuerzos de propaganda, pero casi estériles. Las cuotas se recaudaban con irregularidad ó no se recaudaban de ningún modo. «Jamás tuve más de cincuenta francos en caja,» ha escrito Heligón, primer tesoroero de la *Internacional*. Cierta día, un bienhechor generoso dió doscientos francos: doce horas después la cantidad estaba gastada. Por modesto que fuese el local, raras veces resultaba insuficiente.

Aparte de esa languidez general, á la asociación se le hacía un doble cargo: para una sociedad revolucionaria se mostraba demasiado pacífica; para una sociedad de estudio carecía de autoridad (2).

Vióse pronto que la *Internacional* estaba condenada á esperar indefinidamente su hora, á menos de cambiar de rumbo. Como no siempre es recompensada la virtud, la asociación adquirió fama pervirtiéndose.

En el primer congreso de la sociedad celebrado en Ginebra, en septiembre de 1866, estallaron las pretensiones de los que querían desviar la institución en provecho de la política. Cada vez más dominado por los refugiados, el consejo general de Londres había convocado á la asamblea á varios de los estudiantes que el año anterior se habían significado en el congreso de Lieja. Estos acudieron y trataron ruidosamente de intervenir en las deliberaciones. Como se contestase la regularidad de su mandato y no se les quisiese oír, hubo escenas violentas y hasta verdaderos pugilatos. Los seudo delegados acabaron por ser excluidos, y los debates continuaron en medio de una tranquilidad relativa. Pero aquella primera incursión dejaba prever muchas otras (3).

El año de 1867 se pasó en huelgas. Las hubo en Amiéns y en Roubaix, y hubo sobre todo en París la huelga de obreros broncistas. Esta última proporcionó á la *Internacional* la ocasión de afirmarse con resonancia. Fribourg fué á Inglaterra y obtuvo de las sociedades obreras de Londres, Manchester y Birmingham, «unos cuantos miles de francos» para los hermanos de Francia. Este ejemplo provocó la emulación; de todas partes llegaron ofrendas y los patronos se decidieron á

(1) Véase Fribourg, *L'Association internationale des travailleurs*, pág. 163.

(2) Véase declaración de Heligón, pág. 540, y declaración de Tolain, pág. 554 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

(3) Véase la declaración de Tolain, pág. 554 (*Enquête sur le 18 mars*).—Véase también el proceso del café de la Renaissance, acusación del abogado general Lepelletier (*Gazette des Tribunaux*, 7-8 de enero de 1867).

ceder (4). Con tal motivo, se aprendió á conocer á la *Internacional* hasta entonces ignorada. Hasta se concibió de ella una opinión exageradísima, pues se le atribuyeron «millones.» Sosteniendo las huelgas, la asociación no se salía de su papel. Pero he aquí cómo, desde aquel año de 1867, se revelaron las desviaciones. Más ardientes y menos contenidos que los miembros directores de la sección parisiense, los corresponsales de provincias no dejaban de mezclar en sus cartas, con los votos por el proletariado, imprecaciones contra el imperio. Lejos de obrar á la luz del día, imaginaban organizaciones clandestinas y se daban aires de conspiradores. De Roubaix, un tal Pedro Lécluse anunció el propósito de ocultar la asociación bajo las apariencias de una sociedad de instrucción mutua. «Por lo que puede ocurrir, añadía, nos hemos provisto de una biblioteca.» Mientras tanto, el consejo general predicaba desde Londres la violencia; tenía en calidad de corresponsal especial para Francia un agente cuyas cartas fueron secuestradas más tarde. Y estas cartas atestiguan una preocupación principal, si no única, que consistía en destruir el imperio y trastornar á Europa (5).

En rigor podía no verse en ese lenguaje más que la opinión individual de algunos hombres fanáticos ó pervertidos. En septiembre de 1867, en ocasión en que la *Internacional* celebraba en Lausana su segundo congreso, la alteración del espíritu primitivo se manifestó con la más clara evidencia. Los ingleses, los alemanes y los belgas habían llegado á la asamblea con un programa comunista y trataron de hacerlo triunfar. Los delegados franceses, sostenidos por los italianos y los suizos, se constituyeron en defensores de la propiedad individual, de la herencia y de la familia, y después de vivos debates tuvieron de su parte á la mayoría. Pero este triunfo, tan penosamente obtenido, era muy precario. En la opuesta orilla del lago, en Ginebra, se celebraba al mismo tiempo otro congreso de mucha más resonancia. Llamábase el *Congreso de la paz y de la libertad*. Este había inscrito en su orden del día el desarme general, la reivindicación de todas las franquicias, el aniquilamiento de todas las supersticiones y de todas las tiranías. El héroe de este congreso era Garibaldi, que había acudido de Italia. En otro lugar hemos referido estas escenas (6). Varios diputados cruzaron el Lemán, desembarcaron en Lausana y propusieron una alianza á los internacionalistas. Estos, que deliberaban sin notoriedad, no resistieron á las proposiciones de tan poderosos y tan ruidosos vecinos. Tres delegados, uno de los cuales era el mismo Tolain, recibieron el encargo de llevar la contestación, y la fusión se realizó. Los congresistas de Lausana se apropiaban las resoluciones de los congresistas de Ginebra, metiéndose cada vez más en la política, y de todas las políticas escogiendo la peor.

Se estaba muy lejos de la sociedad de estudios fundada tiempo atrás en la calle de Gravilliers. La desviación sería completa si la asociación prestaba su perso-

(4) Véase declaración de Fribourg, pág. 575 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

(5) Véase la acusación del abogado imperial Lepelletier, primer proceso de la Internacional (*Gazette des Tribunaux*, 21 de marzo de 1868).

(6) Libro XXXIII, capítulo IV.

nal para algún proyecto faccioso. Precisamente, dos meses después, como la intervención francesa en Roma había irritado mucho al partido demagógico, preparáronse manifestaciones á guisa de protesta. Los afiliados á la *Internacional* sentían mucho que se les acusase de complicidad con el imperio. Cuando se presentaban en los talleres, algo mejor vestidos que de ordinario, sus compañeros les preguntaban irónicamente «si la policía había pagado su ropa (1)» y la frecuente repetición de esas insinuaciones les mortificaba singularmente. La ocasión les pareció favorable para lavarse para siempre del reproche. Los que dirigían la sociedad no dejaron de asustarse un poco. Pero no se atrevieron á retener á sus hombres, y los más moderados se contentaron con no excitarlos. Estos, mezclados con algunos otros grupos, fueron en peregrinación, el 2 de noviembre de 1867, á la tumba de Manin, y, el 4 del mismo mes, se reunieron en el bulevar Bonne-Nouvelle. Una y otra manifestación pasaron casi inadvertidas. Sin embargo, tenían una significación muy clara: la alianza concluida en Ginebra acababa de ser ratificada en la calle.

La sociedad de estudios había vegetado; otra cosa fué la sociedad de combate. Las adhesiones se multiplicaron: la sección parisiense contó pronto tres mil socios (2). La propaganda se extendió á Ruán, á Lyon y á Marsella, con agentes oscuros, pero perseverantes y apasionados: estos eran Aubry en Ruán, Alberto Richard en Lyon, y el hojalatero Vasseur en Marsella. Desde las manifestaciones de noviembre, todas las sospechas se habían desvanecido, y la democracia radical ya no veía más que una aliada en la nueva institución.

Como la *Sociedad Internacional* no había sido autorizada, caía bajo el peso de la ley. El gobierno resolvió aplicar las penalidades legales á los que ya no esperaba contener ni atraer. Los miembros de la junta de la sección parisiense, en número de quince, fueron llevados ante el tribunal correccional. El 20 de marzo de 1868, comparecieron ante la sexta Sala. Hasta en los procesamientos el gobierno quiso emplear mucha moderación con aquellos que había tratado con miramientos. El ministerio fiscal había descartado el delito de asociación secreta para no retener más que el de asociación no autorizada. El presidente, Sr. Delesvaux, se guardó de toda observación irritante y, contra costumbre, no estuvo duro con nadie, ni con los acusados ni con los testigos. El abogado imperial, Sr. Lepelletier, siempre muy mesurado en sus reproches, se mostró hasta cortés. Trató á los acusados de «obreros inteligentes, laboriosos y honrados», prometió revestirse de calma, de benevolencia casi, y cumplió hasta el fin su promesa. El fallo se resintió de la misma mansedumbre. La condena consistió en cien francos de multa para cada acusado.

Ni esa benevolencia, ni la amenaza de castigos más rigurosos no podrían contener ya á la asociación en la pendiente por que acababa de deslizarse. Al primer rumor del proceso, varios afiliados habían concebido algún temor. La recaudación de las cuotas habían disminuído. «No tenemos tiempo de pasar seis meses en la cárcel», escribía un obrero llamado Mathón. Y añadía:

(1) Declaración de Heligón, pág. 539 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

(2) Declaración de Heligón, pág. 540 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

«Cuando uno ha visto 1848 y sus represalias, y 1852, tiene menos ilusiones (3).» Pero los cabecillas, los agitadores, lejos de asustarse, redoblaron en audacia. Una crisis interior que estalló en la asociación reveló ese estado de los ánimos. A consecuencia de los procesamientos, Tolain y sus compañeros, miembros de la junta de París, habían dimitido sus cargos: quizá estimaban que los cuidados de su defensa absorberían todo el tiempo de que podían disponer; quizá también algunos de ellos se sentían ya arrollados. Habiendo habido elecciones, la influencia pasó decididamente de los moderados á los facciosos: los nuevos miembros de la junta fueron el encuademador Varlin, el tintorero Benedicto Malón y los señores Mollín, Humbert, Combault, todos de inteligencia estrecha y de alma fanática. Para con el gobierno, la provocación era doble y rayaba en reto. La *Internacional* escogía, para afirmar su existencia por medio de elecciones, la hora misma en que una sentencia la declaraba disuelta, y cuidaba de indicar, por los nombres de los elegidos, que nada la aniquilaría. Desafiada, la justicia procesó á la nueva junta como había procesado á la antigua. Esta vez la indulgencia hubiera carecido de oportunidad, sin contar con que los acusados la hubieran repudiado. A guisa de defensa, Varlin leyó un largo escrito declamatorio y respirando odio, verdadera excitación á la guerra civil (4). Todos los procesados fueron condenados á tres meses de prisión, y encontraron en la cárcel de Santa Pelagia á los blanquistas condenados en los recientes procesos por asociaciones secretas.

En 6 de septiembre de 1868 se celebró en Bruselas el tercer congreso anual de la asociación. La propiedad individual, que había sobrevivido al congreso de Lausana, sufrió aquí un asedio en que sucumbió. La asamblea formuló el voto de que «las canteras, minas y ferrocarriles pasasen á ser propiedad de la colectividad social.» Juzgó además que la misma colectividad había de hacerse cargo de los caminos, canales y montes. Por lo que toca á la tierra, el lenguaje fué algo menos absoluto, como si la enormidad de la afirmación hubiese espantado á los innovadores. Con muchas circunlocuciones que revelaban el embarazo, emitióse el parecer de que «la evolución económica haría necesario el ingreso del suelo laborable en la propiedad colectiva.» Suelo, subsuelo, vías de comunicación, todo sería centralizado por el Estado, pero por el Estado regenerado. La explotación sería confiada á compañías agrícolas para la tierra y á compañías obreras para las minas, «único modo científico y racional.» Interin los «progresos de la ciencia y de la razón» permitían aquella confiscación total, la asamblea tomaba medidas de más inmediata utilidad, procurando multiplicar las sociedades de resistencia para organizar y sostener las huelgas. Proclamó además que no pudiese introducirse ninguna nueva máquina en las fábricas sin garantías ó compensaciones para los obreros. En medio de estos debates, las cuestiones políticas habían sido relegadas al segundo término. Al declarar cerradas las sesiones, Dupont, miembro del consejo de Londres y presidente del congreso, se encargó de recordarlas diciendo: «Lo que queremos

(3) Véase los debates del segundo proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 22-23 de mayo de 1868).

(4) Véase *Gazette des Tribunaux*, 22-23 de mayo de 1868.

derribar no es sólo el tirano, sino que también la tiranía. No queremos más gobierno, porque los gobiernos nos abrumen de impuestos; no queremos más ejército, porque los ejércitos nos degüellan; no queremos más religión, porque la religión ahoga las inteligencias (1).»

Toda la historia de la *Internacional* iba en lo sucesivo á consistir en el desarrollo de estos proyectos destructores y de estas palabras facciosas. Los que dominaban eran Eugenio Varlin y Benedicto Malón, es decir, los violentos. En cuanto á los moderados, se eclipsaban ó cedían á la corriente, puesto que no la podían vencer. Como los cabecillas parisienses vivían en el temor de nuevas persecuciones judiciales y no siempre podían obrar, los suplía el consejo general de Londres, el cual se componía principalmente de refugiados que pensaban ya en lo que harían una vez derribado el Imperio (2). Al disminuir la vigilancia que siguiera al proceso, las afiliaciones volvieron á continuar. Al principio los grupos se habían formado por profesiones y este reclutamiento ofrecía alguna garantía, por cuanto las personas del mismo oficio tienen intereses comunes, é instintivamente los discuten más bien que la política: los nuevos grupos se hicieron por barrios, desapareciendo así toda huella de agregación corporativa. De este modo sólo se tuvieron soldados dispuestos para los trastornos. Antes, las admisiones iban precedidas de una investigación que tenía por objeto apartar los falsos obreros ó los hombres demasiado viciados: en adelante, todas estas precauciones serían tenidas por superfluas, y la única preocupación consistiría en engrosar las filas. La idea primitiva había sido no admitir en la asociación sino á los trabajadores manuales: en el afán de engrosar el ejército, admitieron á estudiantes, á abogados, á periodistas, á todos los que de palabra ó por escrito atizarían la sedición. La última transformación se consumó cuando el consejo general de Londres autorizó las agregaciones colectivas. Entonces admitieron en masa sociedades obreras, sociedades de socorros mutuos, círculos de estudios sociales, afiliaciones de toda clase, y, como arroyos que afluyen al mismo río, todas aquellas aguas turbias se vertieron en la gran corriente de la *Internacional*.

En provincias el desarrollo fué casi el mismo. La verdad es que ciertos centros industriales, como Lilla y la cuenca carbonífera de Valenciennes, permanecieron refractarias á la propaganda. Observóse también que los obreros normandos, después de haber acogido con entusiasmo las primeras predicaciones, se cansaron de descontar de sus salarios dinero con que pagar las huelgas, y se separaron en gran número. Pero en Roubaix, en Lyon, en la cuenca de Saint-Etienne y en Marsella, el éxito fué completo (3). En esto llegó el otoño de 1869. Entonces se celebró en Basilea el cuarto congreso. Los congresistas repitieron contra la propiedad individual la excomunión formulada el año anterior en

(1) Véase la acusación del abogado imperial Aulois, tercer proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 23 de junio de 1870).

(2) Véase el tercer proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 23 de junio de 1870).

(3) Véase el informe del prefecto del Norte de 15 de julio de 1871, y el del prefecto del Sena Inferior de 26 de julio de 1871 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*). Véase también el informe del Sr. de Sugny, pág. 4 (*Enquête sur le 4 septembre*).

Bruselas. Sin embargo, por una singular inconsecuencia, los que abolían la propiedad vacilaron en abolir igualmente la herencia. Mientras tanto, la asociación crecía. Se ha dicho que á fines del Imperio contaba en París setenta mil socios, y que en toda Francia había doscientos mil (4).

Estos progresos de la *Internacional* están relacionados con los últimos meses del reinado, y volveremos á encontrar esta asociación famosa al final de nuestro relato. Pero ya en 1869 aparecen con rasgos bastante distintos para poderla describir. Muéstrase ya con sus filas engrosadas, con su programa ampliado, con su fin claramente acusado que consiste en transformarlo, ó más bien en trastornarlo todo. Tiene su divisa, divisa singular imitada del lenguaje bursátil; y sus afiliados se diseminan por todas partes, hablando de *liquidación social*, como si no hubiese más que pronunciar la bancarrota del antiguo mundo y repartir sus despojos. En dos procesos sucesivos el gobierno ha perseguido á la sociedad como ilícita y la ha declarado disuelta. Pero ha sido corta su previsión é ilógica su severidad; porque al mismo tiempo que castigaba á los apóstoles, daba licencia para erigir las cátedras desde las cuales se propagaría el apostolado.

VI

Los parisienses que, en octubre de 1868, volvieron á la capital después del veraneo, asistieron á un espectáculo que los sobrevivientes no han olvidado. Varias veces por semana, de un extremo al otro de la ciudad, los salones de baile, de concierto, de gimnasia, se disponían como para un parlamento. De todos aquellos sitios salía un agitado rumor de declamaciones, de interrupciones y de imprecaciones. La simple iniciativa de algunos ciudadanos había alquilado el local, trazado la orden del día, erigido la tribuna y convocado la asamblea. Los que tomaban la palabra, estudiantes, obreros ó burgueses, no debían su mandato sino á su propia osadía. Al día siguiente, los periódicos publicaban extractos de arengas, doblemente incoherentes por sí mismas y por el tumulto que no había permitido sino una incompleta reproducción. Los oradores eran desconocidos, y su fama, que pronto había de forjarse á golpes de violencia, no pasaba del café que frecuentaba ó del taller en que suponían trabajar. Lo que se retenía de los discursos dejaba la impresión de una presunción inmensa, de una inexperiencia mezclada de necesidad, y de una perversidad que aún se contenía hábilmente. En ninguna época hubiera pasado inadvertida semejante licencia. El recuerdo de largos años silenciosos hizo más impresionable el contraste. Hemos vuelto á los clubs de 1848, dijeron tristemente los testigos de los regímenes anteriores. En lo cual se engañaban, pues 1848 era dejado muy atrás.

Toda aquella agitación tenía por origen la *ley de las reuniones públicas*, á cuyas primeras aplicaciones se asistía. Justo es consignar que al principio se hicieron laudables esfuerzos para oponer sanas doctrinas á las utopías, y la fraternidad á la violencia. Laboulaye presidió

(4) Declaración de Moutón, página 230; declaración de Fribourg, página 573 (*Enquête sur le 18 mars*).